

'Nuestra generación'

El novelista Pío Baroja analizó en sus memorias, tituladas 'Desde la última vuelta del camino', lo que pensaba de los escritores coetáneos

1 Yo he intentado, si no definir, caracterizar lo que era esta generación nuestra, que se llamó de 1898, y que yo creo que podía denominarse, por la fecha de nacimiento de la mayoría de los que la formaban, de 1870, y por su época de iniciación en la literatura ante el público, de 1900.

2 Fue una generación excesivamente libresca. No supo, ni pudo, vivir con cierta amplitud, porque era difícil en el ambiente mezquino en que se encontraba. En general, sus individuos pertenecían, en su casi totalidad, a la pequeña burguesía, con pocos medios de fortuna.

3 Yo creo que en épocas anteriores a la nuestra no se constituía algo parecido a una generación hostil, porque el elemento bien situado iba dando la mano y ayudando a la gente joven que se presentaba ante él. En nuestro tiempo, la juventud aspirante era, sin duda, muy numerosa, y los destinos por la pérdida de las colonias habían disminuido: así que no había mercedes fáciles que otorgar, y los descontentos eran muchos.

4 La época puso a la juventud literaria en esta alternativa dura: o la cuquería y la vida maleante, o el intelectualismo, con la miseria consecutiva. En la gente de este tiempo, la parte oscura, quizá, fue más interesante que la que llamó después algo la atención. Inadaptada por instinto, se lanzó al intelectualismo, se atrató de teorías, de utopías, que fueron alejándole de la realidad inmediata. El camino de la vida pública no estaba abierto más que para los hijos, para los yernos y para los criados de los políticos. En un mundo en el cual el único valor era la oratoria, atrincherado por hijos, amigos y sirvientes, era imposible, o, por lo menos, muy difícil penetrar.

5 Rechazados en casi todos los órdenes de la vida pública y de la vida práctica, los jóvenes de profesiones liberales de este tiempo tendieron en su mayor parte a refugiarse en la vida privada y en la literaria. La mayoría de los que formamos esta generación habíamos estudiado mal con profesores arbitrarios cuando no estúpidos; pero al dejar las clases, nos quedó a muchos cierta curiosidad, cierto deseo de volver a lo que no habíamos aprendido.

6 Se pretendía ir a los problemas con entusiasmo y con buena fe. Había gente que intentaba salir a flote con la energía propia y sin auxilio de

nadie, aventura poco prudente; había el tipo del joven que compra libros y aprende en la soledad y se hace una cultura de especialistas un tanto absurda, que luego no puede aprovechar.

7 Los caracteres morales de esa época fueron, al menos entre los mejores individuos del grupo, la preocupación de la justicia social, el desprecio por la política, el hamletismo, el análisis y el misticismo. Las teorías positivistas comenzaban a estar en plena decadencia y apuntaban otras ideas antidogmáticas.

En política se marchaba a la crítica de la democracia, se desdeñaba el parlamentarismo por lo que tiene de histriónico y se comenzaba a dudar, tanto de los dogmas antiguos como de los modernos.

En este tiempo, parte por timidez y parte por haber sido rechazada de las pequeñas sinecuras antiguas, cierta parte de juventud tendió al germanismo, a un apartamiento del espíritu latino. Se dio el caso del joven en Madrid y en provincias que hizo un libro o dos bien orientados, como promesa, y que, sin embargo, quedó en la oscuridad sin intentar el reclamo o el ruido. Estos tipos de solitarios, con opiniones arraigadas, contrastaban con la audacia de charlatanes de feria de la generación anterior. (...)

Otro reproche al grupo de juventud inadaptado fue su tendencia apolítica. En un artículo de Luis Morote, de hace años, se hablaba de esta generación; se decía que tendría más o menos mérito literario, pero que no había hecho nada por evitar la guerra de Cuba. Tal simpatía se repitió y hasta se le dio crédito, como si el escritor tuviera necesidad de ser político; en ninguna parte el literato puro se ha dedicado a la política. En esa época lejana de la guerra de Cuba, nuestros prohombres no hubieran dejado de intervenir en los asuntos públicos a gente desconocida de 22 o 23 años. La acusación es absolutamente ridícula.

El escritor no debe hacer más que escribir. Si el político encuentra algo aprovechable en su obra, lo debe aprovechar. Claro que para eso es necesario saber leer, y el político español, si es que ha sabido leer, ha practicado poco este ejercicio. (...)



libris' de Pío Baroja, que el autor tuvo en 1902.